



**RECUERDOS DE UN DISCIPULO  
DEL CAMPANERO DIEGO FLORENTIN**

*in memoriam*



Yo, Sergio Rodríguez Dengra, fui alumno y discípulo de Diego Florentín como campanero y segundo oficial al mando de las campanas de la Parroquia Del Sagrario Iglesia Mayor de Baza y antigua Colegiata Con Catedral De Santa María De La Encarnación de la ciudad de Baza bajo el mando de Diego Florentín, gran impulsor del gremio de campaneros, quizás el último campanero de una saga que hizo historia en nuestra ciudad durante más de 600 años.

Diego fue quizás el mejor campanero de Baza el que me enseñó con paciencia, afecto, y profesionalidad este gran oficio tan bonito y tan bello que pude descubrir poco a poco y el cual me acompañará mientras viva.

Fueron muchas horas juntos las que pasé con él: fines de semana, días laborables, puentes, días de fiesta, Semana Santa y Navidades, aprendiendo a su lado para convertirme, en su más fiel compañero, también me hice su mejor amigo, inseparable. Siempre al terminar la misa de la tarde emprendíamos juntos nuestro corto camino rumbo a casa siendo nuestro recorrido: Arco Magdalena (antigua puerta de Guadix), Zapatería y Cruz Verde, separándonos ambos al final de esta plaza con prolongación calle del Barco y volveríamos a encontrarnos en el mismo punto como cada día.

Al volver al templo nuestra rutina era: abrir y el encendido de luces, eso era lo primero, la segunda tarea era la de comenzar con los toques de campana, para llamar y avisar a la feligresía para acudir al culto religioso, nuestra tercera tarea era preparar las vinajeras con agua y vino, y preparar las sagradas formas y poner el cáliz con un mantelito que lo tapase o lo cubriese, para que no cayesen mosquitos, nuestra cuarta tarea era poner música religiosa durante el culto religioso, la quinta de nuestras tareas era apuntar en la agenda de la parroquia los encargos de las misas de funerales o algún encargo para el cura, nuestra sexta tarea era preparar el libro del cura en la página donde tocaba leer algún evangelio y su vestimenta; la casulla y el cíngulo, nuestra séptima tarea era que al terminar la misa se revisaba el templo de arriba abajo en busca de alguna persona que se quedase



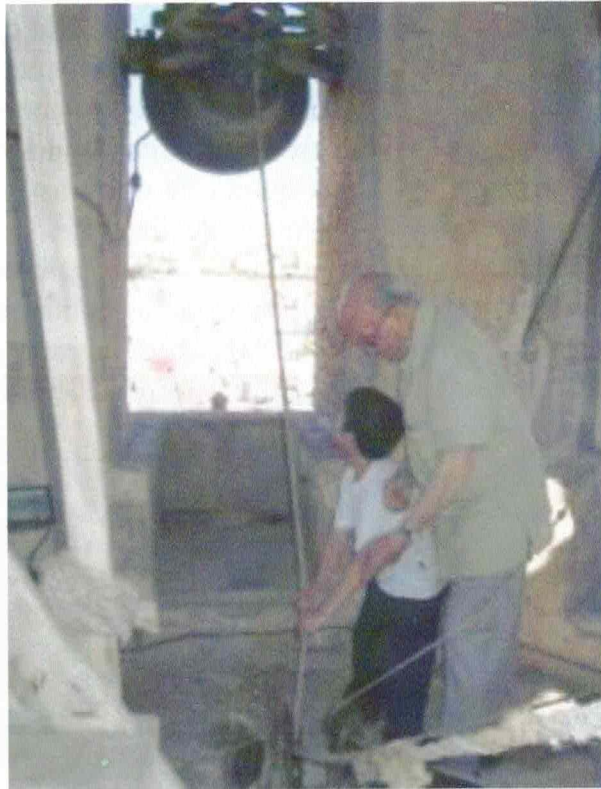
rezagada cuando cerrábamos para irnos, esa eran nuestras habituales tareas de todos los días. Tocar las campanas para nosotros era como un ritual mágico lleno de simbolismo que alegraba nuestros corazones, los llenaba de energía positiva y nos transmitía una fuerza espiritual que nos transportaba a través del tañido y del sonido que emanaba desde su interior. Ahora se apagaron para siempre tras el fallecimiento de este gran amigo, compañero, maestro, profesor de cuerda, impulsor y gran amante de todas las campanas de Baza, que en mí dejó un vacío terrible que ya será imposible de llenar.

Con él se va una última parte de una gran saga de campaneros, y con él desaparece otro



gremio más en nuestra ciudad del cual solo queda vivo su último discípulo, y el enorme legado que dejó en mí, que jamás será olvidado y siempre permanecerá vivo en mi memoria y en el de la ciudad nunca morirá porque siempre estará a salvo, dentro de lo más hondo de mi ser, como el tesoro más preciado jamás encontrado por mí, su recuerdo, su espíritu y su memoria, permanecerán, en la torre, en la iglesia y sus campanas y en mí por

la eternidad.



Recuerdo un hecho real que aconteció una tarde de invierno en un funeral, durante el cual se produjo un terremoto y el ataúd del difunto que estaba sobre el catafalco, empezó a temblar y la iglesia empezó a vibrar, la gente que había en su interior salió despavorida, dejando al difunto allí solitario, me acuerdo perfectamente de ese hecho de aquella tarde invernal de un mes de diciembre, también me acuerdo de otro acontecimiento triste con la muerte de Don Juan el Cura que aquella noche, que no se me olvida, cuando lo expusieron en la Capilla del Socorro donde se veló, nosotros comunicamos el fallecimiento, con un toque solemne, con 20 toques espaciados, con la campana gorda, seguidos de los tres clamores que significan que es un varón y los 20 toques espaciados parecidos a los de un jefe de estado, que eran 40 golpes con la campana gorda. Incluso recuerdo otro acontecimiento que se me olvidaba: como el incendio de la imprenta Cervantes, que también se avisó mediante toque rápido de campana, una noche de verano, si no mal recuerdo, el incendio que sufrió la iglesia mayor en la antigua capilla bautismal, donde varios años se exponía el Belén de Navidad y que ardió la capilla entera junto con el Belén que era del siglo XVI. Estos son hechos reales vividos por Diego el campanero y yo, que ya forman parte de nuestras vivencias.

Recuerdo que subir con Diego al campanario era como un ejercicio físico lleno de vitalidad con el cual solíamos perder algunos kilillos de más, nos mantenía en forma, nuestra mente se despejaba, nos quitaba de malos rollos y pensamientos negativos. El aire puro que reinaba en su cima, nos abría los pulmones y nos entraba una bocanada de aire fresco, proveniente de las sierras de la comarca, que desde aquellas alturas podíamos divisar y disfrutar de unas impresionantes vistas paisajísticas, según mirásemos en una o en otra dirección. La bajada del campanario se hacía algo más rápida que la misma ascensión, ya que nuestra subida se hacía más complicada por el pequeño espacio que teníamos debido a la estrechez de la angosta escalinata que era de una belleza inimaginable de una precisión milimétrica, una verdadera obra maestra y una gran obra faraónica donde la oscuridad

reinaba en aquel lugar, aunque tenía algunos ventanucos, que imitaban a las saeteras de defensas de los antiguos castillos y fortalezas medievales.

Nuestra bajada siempre se hacia más lenta, pero, subir a la cima era toda una experiencia sensacional, y nosotros teníamos la suerte de poder ser los únicos, que teníamos el acceso a ella como si fuéramos unos auténticos fareros de mar.

Meternos en el hueco de las campanas exigía tener una gran cantidad de adrenalina contra el vértigo a las alturas, suponía superar un reto que muy pocos se atrevían a realizar, a una altura de 70 metros, y ponerte debajo de aquellas campanas y mirar hacia abajo era una experiencia difícil de olvidar, pues era como estar subido a una noria a mucha altura.



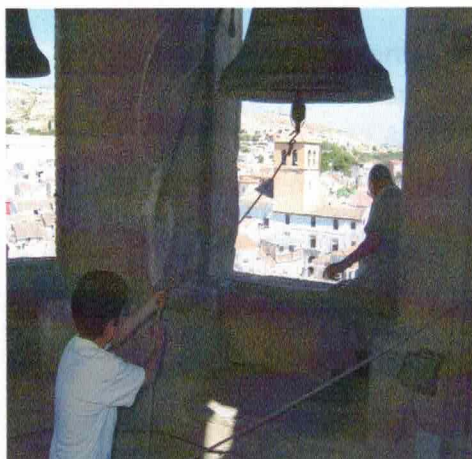
En lo más profundo del campanario se hallaba la habitación desde la cual se unían las cuerdas de todas las campanas, la cual parecía la gruta de Ali Baba y los 40 ladrones o tipo de cueva oscura, que solo se hallaba iluminada, por un pequeño foco de luz muy tenue, sobre todo húmeda y fría llena de restos y vestigios de un pasado oscuro de nuestra historia, que nunca debió de ocurrir, esta habitación para nosotros era como nuestro rincón personal y nuestro pequeño museo, particular donde se hallaban expuestas varias piezas interesantes de nuestra antigua Colegiata de su esplendor y su decadencia que ya forman parte de la historia de la misma.

Entrar a esta pequeña y angosta habitación nos envolvía y nos transportaba hacia un pasado muy remoto y oscuro, hacia el tiempo de las cavernas. Este lugar estaba envuelto en una atmósfera cargada de energía positiva y abandonar, aquel lugar húmedo y frío era para nosotros, como si nos faltase algo como si fuésemos adictos a él, porque este lugar nos enganchaba como a un imán que ya formaba parte de nuestras vidas.

Cuando nos hallábamos en lo alto de la cima de nuestro campanario todo funcionaba como una maquinaria bien engrasada y todo se ponía en marcha, nuestras maniobras eran una serie de pasos de un proceso lento donde todo se revisaba, minuciosamente, como engrase de los cojinetes de los cabezales de cada campana revisión del estado de los badajos

y las cuerdas. Toda precaución era poca para evitar posibles accidentes que que, por suerte, en todos esos años que Diego y yo estuvimos como campaneros jamás ocurrió nada que reseñar ni ningún incidente que mencionar, y así fue durante los largos años que estuvimos juntos, ya que extremábamos todas las medidas de seguridad necesarias.

Desde la torre podíamos ver volar a diversas especies de aves, como golondrinas



vencejos, palomas entre otras, que tenían el campanario como su base de anidamiento, también podíamos escuchar a veces soplar el viento en una dirección u otra, a veces el viento que soplabá en contra aminoraba, el volteo de las campanas porque, las hacía frenarse por lo cual debíamos hacerlo con más fuerza e intensidad, otras veces el viento lo teníamos de cola o a favor y el volteo se hacía más llevadero, evitando sobre todo esfuerzos innecesarios, por lo cual teníamos que dejarnos llevar por las corrientes de aire que manejaba a la campana a su manera y antojo.

Según soplasé el aire el sonido se esparcía o se quedaba con nosotros lo cual nos dificultaba poder entendernos a la hora de transmitir las ordenes, durante el volteo y Diego nos gritaba con su voz de mando, para evitar accidentes. Gritaba: ¡Ponerse de lado! ¡Tirad de las cuerdas! ¡Todos a mis ordenes! Cuando las campanas empezaban a voltear sin cesar creando un gran estruendo, ver esto era todo un espectáculo, poder observar este gran trabajo de precisión, con un gran equipo de gente entusiasta y amantes de las campanas.

Otro de los recuerdos que guardo con cariño era nuestra acostumbrada visita cada tarde a la confitería de Don Emilio Castellano, un hombre sabio, inteligente, serio, con el cual entablábamos largas charlas al que daba gusto escuchár hablar, atentamente sentados a su mesa con su hijo y su mujer que eran unas personas extraordinarias.

Nada más entrar en la confitería su olor nos atraía como por arte de magia y nos envolvía en una nube de sabores en que a más de uno le abría el apetito, nada más entrar en aquel lugar.

Una experiencia que nunca olvidaré tras muchos años juntos a mi maestro y compañero que ya nos dejó un gran legado para la posteridad, ahora ya su discípulo y su más fiel seguidor, y su profeta algún día tendrá la misión de conseguir que su legado permanezca vivo, con una nueva generación del gremio de campaneros que sigan la futura saga, pueda transmitir el conocimiento sobre las campanas, en el tiempo, en siglos venideros.